

Textos y glosas

La encíclica social del Papa Francisco, *Fratelli tutti*

RESUMEN

La tercera encíclica del Papa Francisco ofrece al mundo la concepción cristiana de la sociedad humana como una familia unida por el vínculo de la fraternidad. Y, para ello, propone construir las relaciones entre los hombres fomentando la amistad social.

PALABRAS CLAVE: Prójimo, persona, bien común, igualdad, libertad, fraternidad universal, amistad social, encuentro, política, paz social.

ABSTRACT

The third Encyclical of the Holy Father Francis offers to the world the Christian conception of the human society as a family bound together by the bond of fraternity. And, for that, it puts forward building relationships among human beings by encouraging social friendship.

KEY WORDS: Neighbour, person, common good, equality, freedom, universal fraternity, social friendship, encounter, politics, social peace.

Ofrezco este resumen de la encíclica *Fratelli tutti* en la convicción de que puede servir para resaltar las ideas principales de un texto extenso así como para mostrar la concatenación entre ellas. Constituye, a la vez, una invitación a la lectura completa de los contenidos sugeridos.

1. INTRODUCCIÓN

Tanto para la encíclica *Laudato si'* como para la de *Fratelli tutti*, el Papa se ha sentido inspirado por el carisma de san Francisco de Asís, hermano de toda la creación. Se declara particularmente impactado por la valentía de Francisco para ir a visitar al Sultán Malik-el-Kamil, de Egipto, con la noble intención de hacerlo partícipe del amor de Dios, que rebosaba de él; toda una síntesis de fidelidad a la propia fe a la vez que de respeto a las convicciones religiosas del musulmán.

Expresa el Papa su intención de detenerse, en esta encíclica, en la consideración de la dimensión universal del amor fraterno, para despertar un nuevo sueño de fraternidad y de amistad sociales (6).

CAPÍTULO I: *LAS SOMBRAS DE UN MUNDO CERRADO*

En este capítulo, presenta el Papa las sombras de nuestra sociedad. Constata que los hombres no acabamos de incorporar a nuestro acervo personal y comunitario las lecciones de la historia, por lo que volvemos a repetir los mismos errores: conflictos anacrónicos y nacionalismos cerrados (10-11).

Es verdad que el desarrollo ha acortado mucho la distancia geográfica entre los pueblos, pero si no va acompañado de un progreso en valores humanos, puede resultar contraproducente en orden a la realización de una fraternidad universal (12-16). Pues para alcanzar este objetivo, habría que interiorizar en la conciencia colectiva la convicción de que la humanidad constituye un único sujeto morador en la casa común de la Tierra. Pero si lo que prevalece son los intereses materiales sobre las personas, entonces se incurrirá en conductas reprobables como la de aislar a los ancianos en residencias sin la compañía cercana

de sus familiares; se insistirá en la obsesiva reducción de los costes laborales; se dejarán a un lado los derechos humanos; seguirá sin reconocerse la igual dignidad de la mujer con el varón; y persistirán en nuestros días formas de esclavitud que tratan al ser humano como si fuera un objeto más (17-24).

Los países ricos no pueden seguir disfrutando los bienes de la tierra como si fueran sólo para ellos: la situación podría desembocar en una guerra de todos contra todos. Así pues, se ha de prestar atención al fenómeno de la migración tratando de encontrar un justo equilibrio entre los derechos de los ciudadanos residentes y la asistencia a los migrantes (36-40).

También se ha de procurar que los medios de comunicación social (43-50), que han experimentado un vertiginoso desarrollo en nuestro tiempo, sean respetuosos con la verdad y para que favorezcan y no suplanten el contacto directo entre las personas, pues «un camino de fraternidad, local y universal, sólo puede ser recorrido por espíritus libres y dispuestos a encuentros reales», no meramente virtuales (50).

CAPÍTULO II: *UN EXTRAÑO EN EL CAMINO*

La parte propositiva de la encíclica arranca con la parábola del “buen samaritano”, cargada de intención acerca del modo en que Jesús entiende la universalidad de las relaciones humanas (56): porque a todos los hombres nos creó un mismo creador (58), y su misericordia nos alcanza a todos (59-60). Por eso, su amor indiscriminado debe servir de modelo a los creyentes (62). Los cristianos, además, tenemos motivos para sentir y obrar de la misma manera que el Señor, fundados en el ejemplo de Cristo y en nuestro Dios trinitario (84-86). En realidad, somos cada uno de nosotros quienes hemos de hacernos prójimos de los hombres que nos necesitan (80).

Ante el hermano herido de muerte sólo caben dos posturas: la inhibición o la implicación (63). Los indiferentes son elementos disgregadores de la sociedad; en cambio, los que se cuidan de los demás construyen el bien común y contribuyen a mejorar el mundo (65-67).

El Papa apela a la responsabilidad personal para solucionar las situaciones lamentables en que se encuentran algunos seres humanos, sin quedarnos cruzados de brazos esperando a que sean los gobernantes los que las remedien (77).

CAPÍTULO III: *PENSAR Y GESTAR UN MUNDO ABIERTO*

Los seres humanos son constitutivamente seres sociales (87), siendo la relación entre ellos básicamente amorosa (88). Ahora bien, el amor verdadero (aun admitiendo grados de intensidad) es universal (89).

El amor es la piedra de toque de la calidad humana de una persona, la cual madura gracias al amor, y crece en la medida en que se integra en la comunión universal. El amor introduce al otro en mi vida y me lleva a darme gratis a él, pues sólo el amor hace posible la amistad social y una fraternidad abierta a todos, incluidos los discapacitados y los ancianos (92-99).

Los tres pilares de la sociedad liberal y moderna: igualdad, libertad y fraternidad se coimplican, de manera que mutuamente se sostienen y fortalecen. Así, una libertad individual que sacrificara la fraternidad se asfixiaría, pues la libertad se orienta al amor. Asimismo, tratar de implantar la igualdad ignorando la fraternidad, llevaría a estimar al hombre por su utilidad y no por su valía personal (100-104), pues «el individualismo no nos hace más libres, más iguales, más hermanos» (105).

Para avanzar hacia la amistad social y la fraternidad universal, se ha de apreciar a la persona por lo que ella es (106), reconociéndole, en primer lugar, el «derecho a vivir con dignidad y a desarrollarse íntegramente» (107). Por ello, se ha de cuidar a los débiles y a los menos dotados, pues sólo así se procura el bien común (108).

Desde este punto de vista, no basta la libertad de mercado para construir la fraternidad universal, pues, por su misma naturaleza, el libre mercado descarta a los que menos aportan (110). En cambio, una sociedad fraterna procura el bien de todos (112), lo que representa el «crecimiento genuino e integral» de la sociedad (113).

Aquí adquiere todo su sentido la solidaridad: de las familias, de los centros educativos, de los medios de comunicación social (114). En su expresión más genuina, la solidaridad se plasma en el servicio, que cuida de la fragilidad (115). Solidaridad, por tanto, «es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos» (116). Para que esto pueda llegar a hacerse realidad, se ha de desarrollar un «mínimo de conciencia universal y de preocupación por el cuidado mutuo». Aquí pone el Papa el bello ejemplo de quien, teniendo agua de sobra, sin embargo la cuida pensando en la humanidad (117).

Pues el mundo es de todos, de manera que no se puede privar a nadie de lo necesario para llevar una vida humana digna (118). Así lo entendió el cristianismo desde los orígenes (119). De donde se deduce que el derecho a la propiedad privada no es absoluto, sino «un derecho natural secundario y derivado del principio del destino universal de los bienes creados» (120).

Este principio se aplica también a los países: los bienes de un territorio no pueden ser negados a una persona necesitada que provenga de otro lugar (124), lo que lleva a un replanteamiento de la ética de las relaciones internacionales (126). Si estamos de acuerdo en admitir la inalienable dignidad de la condición humana, tenemos un punto de partida seguro para construir una humanidad distinta, sólidamente establecida sobre una paz duradera (127).

CAPÍTULO IV: *UN CORAZÓN ABIERTO AL MUNDO ENTERO*

Si asumimos que todos los hombres somos hermanos, entonces se abren nuevas perspectivas en las relaciones humanas (128). Lo ideal sería que los hombres pudieran desarrollarse en su propio ambiente; pero no siendo esto siempre viable, se ha de contemplar la posibilidad de que busquen otro lugar en que puedan realizarse integralmente como personas. En tal caso, las comunidades de destino han de ser capaces de «acoger, proteger, promover e integrar» al migrante favoreciendo la identidad particular y el respeto de la diferencia (129).

A los que hace tiempo que se han asentado en el seno de otra comunidad humana se les ha de aplicar el concepto de “ciudadanía”, que les permita integrarse en el seno de la comunidad de destino gozando de los mismos derechos y deberes que los ciudadanos de la nueva comunidad (131). «Necesitamos que un ordenamiento mundial jurídico, político y económico “incrementa y orienta la colaboración internacional hacia el desarrollo solidario de todos los pueblos” (*Caritas in veritate*)» (138 y 132).

Bien mirado, la llegada de migrantes a una comunidad ha de resultar enriquecedora para todos. Para ello «se necesita un diálogo paciente y confiado...» (133-135). Pero, independientemente de los beneficios que traerá para todos el desarrollo solidario, no se debe perder de vista la gratuidad, buscando el bien por sí mismo (139): la gratuidad nos asemejará más a Dios (140).

La verdadera calidad humana, tanto de las personas como de los países, viene dada por la capacidad de pensar como familia humana (141). Lo local y lo global, la amistad social y la fraternidad universal son dos polos inseparables: uno aporta riqueza varía y creatividad; el otro ofrece visión de conjunto, realismo y sentido de la orientación (142). El amor a lo propio particular redundará en el beneficio común (143).

Cada pueblo, cada cultura es reflejo de la variada riqueza de la vida humana (147); y cada comunidad local aporta una experiencia particular de la vida enriqueciendo así al conjunto (144). No obstante, hay que prevenirse frente a un localismo narcisista y autoproteccionista, que, si no está abierto de algún modo a lo universal, se asfixia y atrofia (146). Una sana apertura hacia los demás no sólo no atenta contra la identidad propia, sino que la resalta y la fomenta (148).

CAPÍTULO V: *LA MEJOR POLÍTICA*

La mejor política es justamente la que se precisa para desarrollar la fraternidad de una comunidad de pueblos y la amistad social entre las naciones (154); una política popular, alejada tanto de populismos como de liberalismos individualistas (155).

“Pueblo” connota la comunidad humana que comparte objetivos que conforman un proyecto común (157). El pueblo tiene una identidad propia, hecha de lazos sociales y culturales (158). Ahora bien, «un pueblo vivo, dinámico y con futuro es el que está abierto permanentemente a nuevas síntesis incorporando al diferente» (160). Un líder popular capta el sentir de un pueblo y sabe aglutinar y encauzar sus energías hacia un proyecto duradero de transformación y crecimiento. En cambio, el líder populista instrumentaliza la cultura del pueblo para su propio provecho. «Esto se agrava cuando se convierte, con formas groseras o sutiles, en un avasallamiento de las instituciones y de la legalidad» (159). Otras veces, el populista ofrece de inmediato las soluciones que el pueblo demanda, en orden a garantizarse votos o aprobación, sin intención de promover el verdadero desarrollo del pueblo (161). Lo verdaderamente popular es que el político procure crear puestos de trabajo que proporcionen los medios de vida y el cauce de participación en el desarrollo de la comunidad (162).

Los liberalismos individualistas, por su parte, ignoran la categoría de pueblo y lo reducen a la suma de intereses coexistentes (163). Y es que la libertad de mercado, por sí sola, no soluciona los problemas de falta de equidad. La verdadera política económica lo es también social, capaz de crear puestos de trabajo, y, sobre todo, de situar en el centro de sus objetivos la dignidad del ser humano (168). La organización de la economía ha de contar con «los movimientos populares que aglutinan a desocupados, trabajadores precarios e informales», dándoles participación social, política y económica. Contando con ellos, será posible un desarrollo humano integral (169).

Cada vez se ve más necesaria una instancia internacional que contrarreste los poderes económicos supranacionales, en orden a «asegurar el bien común mundial, la erradicación del hambre y la miseria, y la defensa cierta de los derechos humanos elementales» (172). Se impone una reforma de la ONU así como de la economía y finanzas internacionales a fin de concretar el concepto de familia de naciones, que sea respetuoso con las peculiaridades de sus miembros (173). Es preciso alcanzar un acuerdo en los objetivos comunes así como el compromiso de acatar unas normas básicas (174).

Frente a populismos y liberalismos, se ha de practicar la caridad política, que inspirada por el amor social, ponga en el punto de mira a la persona y se ocupe en «resolver los problemas acuciantes de los abandonados que sufren y mueren en los países pobres» (165; cf. 164-167). El amor social impulsará el avance de la sociedad hacia una civilización del amor que promueva el progreso real de todos, renovando las estructuras de la sociedad y el ordenamiento jurídico (183).

La política de cortas miras debe dejar paso a la «“sana política, capaz de reformar las instituciones, coordinarlas y dotarlas de mejores prácticas, que permitan superar presiones e inercias viciosas” (*Laudato si'*)» (177); la gran política, que, en momentos difíciles, «“obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo” (*Laudato si'*)» (178); la alta política, capaz de reconocer a cada ser humano como un hermano y cultivar una amistad social que integre a todos. Convoca el Papa a rehabilitar la política, que considera «una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (180; cf. 176-187).

Los políticos de altas miras y corazón noble deben tomar con interés la fragilidad de los pueblos y las personas, en medio de un modelo social funcionalista y privatista, que provoca la exclusión social y económica de los más débiles (188). Unos mínimos impostergables, que deben abordarse sin demora son: la lacra del hambre o pobreza extrema y la trata de personas, asuntos de los que no se puede hablar sin sentir vergüenza (189). La caridad política busca, ante todo, el bien común, y para ello está dispuesta al diálogo constructivo y a una negociación generosa que incluye la cesión, la renuncia a los propios planteamientos. Es, ciertamente, un altísimo ideal al que no se debe renunciar (190).

Se han de contrarrestar los fundamentalismos por medio del respeto a los demás, el amor al diferente y preservación de la dignidad humana (191). El Papa propone –junto con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb– a los artífices de la política internacional y de la economía mundial «difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz» (192). Un buen político, además de un buen dirigente, ha de ser una buena persona, y, como tal, considerar a sus gobernados como personas únicas, como hermanos (193). Aunque parezca utópico, también en la política ha de tener cabida la ternura, es decir, un amor

cercano, sobre todo hacia los más débiles (194). El bien que se pueda hacer aun a una sola persona no se pierde, sino que se multiplica (195). El culmen de una buena política es «ser capaz de desatar procesos cuyos frutos serán recogidos por otros, con la esperanza puesta en las fuerzas secretas del bien que se siembra» (196). Una política de altura más que buscar una rentabilidad en votos ha de procurar una buena cosecha en humanidad (197).

CAPÍTULO VI: *DIALOGO Y AMISTAD SOCIAL*

El diálogo es la aproximación entre las personas con intención de encontrarse y alcanzar acuerdos. Gracias al diálogo es posible un mundo mejor (198) y el verdadero crecimiento de la sociedad (199). El diálogo bien entendido no se ha de confundir con un intercambio de monólogos paralelos (200), que lanzan mensajes cerrados, en donde lo que menos importa es lo que el otro piensa o siente (201). En cambio, el auténtico diálogo parte del respeto que el otro me merece, y al que reconozco que puede tener algo de razón (203).

En el terreno de la ciencia –cada vez más especializado–, se hace necesario el diálogo interdisciplinar (204). En cuanto a los medios de comunicación social, especialmente internet, pueden acercarnos a las personas, siempre que se proceda con buena intención, buscando la verdad y el bien común (205).

En la búsqueda sincera de la verdad, se ha de proscribir el relativismo, que sólo favorece a los que tienen la capacidad de manipular a las masas (206). Sin la aceptación de la verdad objetiva y el reconocimiento de la dignidad humana no se pueden echar unas bases sólidas para edificar una sociedad humana fraterna (207). La verdad asienta en la naturaleza humana los fundamentos de nuestras opciones y de nuestras leyes, y «la razón descubre valores que son universales, porque derivan de ella [la misma naturaleza]» (208). Si se aceptan valores permanentes como la ley natural, habrá que convenir que rige igualmente para todos (209). Sin embargo, hoy en día, se postergan los principios éticos del bien y del mal, y se los suplanta por el cálculo de ventajas y desventajas (210). Mas ¿cómo llegar a convenir las verdades elementa-

les, los valores permanentes en una sociedad plural? Sin duda, mediante el diálogo y el razonamiento honesto. Se reconocerá así que dichos valores trascienden el momento histórico y son estables por sí mismos e innegociables (211). Tales verdades conectan con la naturaleza del ser humano y de la sociedad (212). «Que todo ser humano posee una dignidad inalienable es una verdad que responde a la naturaleza humana más allá de cualquier cambio cultural» (213); para los creyentes, la naturaleza humana, en que se basan los principios éticos, es obra de Dios. De aquí no se sigue un fijismo ético, sino que «los principios morales elementales y universalmente válidos pueden dar lugar a diversas normativas prácticas» (214).

Insiste el Papa en que se ha de trabajar en desarrollar una cultura del encuentro en la que prevalezca el reconocimiento y respeto mutuos, la valoración de todos, y se obtenga así una sociedad varia y rica en matices (215). Logrado esto, surgirá un estilo de vida y de relación caracterizado por «buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos» (216). Por este camino, alcanzaremos la paz social, que es «trabajosa, artesanal» (217), resultado de la integración de los diferentes (215-221).

«El individualismo consumista provoca mucho atropello» y termina generando violencia social. Pero cree el Papa que «todavía es posible optar por el cultivo de la amabilidad» (222), que se puede definir como un estado de ánimo «afable, suave, que sostiene y conforta». Se expresa como dulzura en el trato, como cuidado para no herir con las palabras o gestos, como un intento de aliviar la carga que soportan los demás (223). Por supuesto que «el cultivo de la amabilidad no es un detalle menor... Cuando se hace cultura [es decir, se integra en la cultura] en una sociedad, transfigura profundamente el estilo de vida, las relaciones sociales, el modo de debatir y de confrontar ideas» (224).

CAPÍTULO VII: *CAMINOS DE REENCUENTRO*

La tarea de la construcción de la paz es laboriosa y requiere la colaboración de todos. En el centro de su atención ha de situar a la

persona humana (232), y se ha de proponer como objetivo el conseguir el bien común (228).

No hay ningún procedimiento ocioso –desde las grandes negociaciones hasta las pequeñas tareas artesanales en favor de la paz (225, 231)–, para encajar la rica variedad de las diferencias (232) y superar el enfrentamiento doloroso del pasado aplicando la justicia junto con la misericordia, rompiendo así la cadena de la violencia que condena a la muerte a una sociedad (227). Se ha de evitar encasillar al otro en el pasado, por injusto y violento que haya sido, dando una nueva oportunidad a la paz, en atención a la promesa de bien que el otro lleva dentro (228), e implicando a los sectores más empobrecidos (233; cf. 225-235).

En las relaciones humanas, es imprescindible ejercitar el perdón como medio para alcanzar la reconciliación: ambas son actitudes cristianas y de otras religiones también. El riesgo está en presentarlas de modo que dé la impresión de que se admite el fatalismo, la inercia o la injusticia, o bien la intolerancia y la violencia (237). Jesucristo nunca fomentó la violencia o la intolerancia (238). Así lo entendieron los primeros cristianos (239). Cuando Jesús dice que no ha venido a traer paz sino espada, se refiere no a la violencia practicada, sino a la padecida por causa del Evangelio (240). El perdón cristiano no implica la renuncia a los propios derechos, al igual que el amor a un opresor no significa aprobación de su conducta. Quien sufre injusticia debe reclamar que se haga justicia para que se respete la dignidad que Dios ha dado al hombre (241). Ahora bien, justicia no significa revancha o venganza: por ese camino, se produce una escalada de violencia que nos hará vivir como sobre un polvorín (242).

El “perdón social” es una decisión personal que no puede imponerse. «En todo caso, lo que jamás se debe proponer es el olvido» (246). Así, por ejemplo, no se debe olvidar el “holocausto”, para que su memoria nos recuerde hasta dónde es capaz de llegar la maldad humana (247). Tampoco se deben dejar caer en el olvido los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, cuyo recuerdo sea «garante y estímulo para construir un futuro más justo y más fraterno» (248). La memoria de los horrores del pasado hará más difícil un nuevo episodio de dominación y destrucción (249). Ante tanto mal y tanta injusticia, siempre

nos queda el perdón, que nos asemeja a Dios (250); el perdón rompe el círculo vicioso del odio y la venganza (251). Pero perdón no significa impunidad, sino que se ha de hacer prevalecer la justicia «por respeto a las víctimas, para prevenir nuevos crímenes y en orden a preservar el bien común» (252).

Los últimos números del capítulo los dedica a la guerra y a la pena de muerte. La guerra y la pena de muerte –asegura– no resuelven los problemas que pretenden superar (255). «Si se quiere un verdadero desarrollo humano integral para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y los pueblos» asegurando el imperio del derecho y el recurso a la negociación al amparo de las Naciones Unidas (257). Es cierto que, teóricamente, puede existir la guerra justa; pero ante tanto poder de destrucción como posee hoy el hombre y teniendo en cuenta el enorme sufrimiento que la guerra ocasiona a los inocentes, sentencia tajantemente: «¡Nunca más la guerra!» (258). Incluso las guerras locales, en un mundo globalizado, pueden suponer un riesgo de guerra global, si es que no vivimos ya una “guerra mundial a pedazos” (259).

Y si se piensa en la acumulación de armas –especialmente nucleares– como medio disuasorio para preservar la paz, dicha acumulación parece poco adecuada para conjurar los verdaderos peligros que hoy acechan a la paz mundial, como son, por ejemplo, el terrorismo, los problemas ambientales, la pobreza... Más sensato sería dedicar el dinero invertido en armamento para promover el desarrollo de los países pobres. Ésta sí que sería una buena plataforma para la paz mundial (262).

Sobre la pena de muerte, el Papa se muestra decididamente en contra y en ello empeña el compromiso de la Iglesia (263). Es un consenso general que «la autoridad pública legítima pueda y deba “conminar penas proporcionadas a la gravedad de los delitos” (Consejo Pontificio Justicia y Paz)» (264). Pero las penas han de tender siempre a la sanación y reinserción de los reos en la sociedad, por lo que se las debe despojar de un sentido vindicativo y hasta cruel (266). Dos argumentos esgrime el Papa contra la pena de muerte: el posible error judicial y el uso discrecional que hacen de ella los regímenes totalitarios y dictatoriales (268). Como tercer argumento, apela a la dignidad personal incluso del homicida (269).

CAPÍTULO VIII: *LAS RELIGIONES, AL SERVICIO DE LA FRATERNIDAD EN EL MUNDO*

Las distintas religiones ofrecen una aportación valiosa para la construcción de la fraternidad y la defensa de la justicia, pues ponen a Dios creador y padre como garante de la dignidad de la persona humana (271). A la luz de la razón se puede argumentar la igualdad entre todos los hombres, pero no se consigue fundar la fraternidad (272); por lo que, sin una referencia a la trascendencia, se desmorona la base de unas relaciones justas entre los seres humanos (273). Los creyentes de las distintas religiones sabemos que buscar a Dios con sincero corazón «nos ayuda a reconocernos compañeros de camino, verdaderamente hermanos». Por el contrario, expulsar a Dios de la sociedad da con la dignidad humana por los suelos (274-275).

La Iglesia católica respeta la autonomía de la política, al tiempo que reivindica su derecho a participar en la construcción de un mundo mejor, prestando atención al bien común, e interés al desarrollo humano integral (276). «La Iglesia valora la acción de Dios en las demás religiones, y “no rechaza nada de lo que, en estas religiones, hay de santo y verdadero” (Vaticano II)». Por su parte, aporta el Evangelio de Jesucristo como fuente de inspiración para proponer el primado de la relación personal, del encuentro con el misterio sagrado del otro, de la comunión universal con la humanidad entera como vocación de todos (277). Extendida por todos los lugares y culturas, la Iglesia comprende la belleza de la invitación al amor universal (278) y pide que se respete la libertad de religión al tiempo que se compromete a favorecerla. Proclama que tenemos tantas cosas en común las diferentes culturas y religiones que es posible encontrar –por parte de todos– un modo de convivencia serena, ordenada y pacífica (279). El Papa suplica a Dios la unidad dentro de la Iglesia, y que se haga realidad la unidad de las Iglesias cristianas para que el mundo crea en Cristo como el enviado de Dios al mundo (280).

«Entre las religiones es posible un camino de paz», dice (281). Los creyentes tenemos suficientes fundamentos para unirnos para trabajar juntos por el bien común y la promoción de los más pobres. Eso no significa que hayamos de renunciar a nuestras señas de identidad, que

constituyen nuestra verdadera riqueza (282). La violencia no tiene cabida en las religiones, sino que se alberga en sus deformaciones (283). «“Los líderes religiosos estamos llamados... a trabajar en la construcción de la paz... como auténticos mediadores... Cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguiendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros” (Encuentro Internacional por la Paz, 2013)» (284).

Termina la encíclica insertando un pasaje de la declaración conjunta con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb en 2019, convocando a la paz, la justicia y la fraternidad (285). Sigue una oración al Creador y concluye con una oración ecuménica cristiana (286).

La encíclica es una valiente propuesta de la fraternidad universal como principio de una convivencia pacífica y constructiva entre los hombres.

MODESTO GARCÍA, OSA